

## Introducción

El presente estudio aborda las relaciones de la religión y la política en Cuba entre 1899 y 1902. Es decir, durante la primera intervención militar norteamericana, hecho derivado del Tratado de París de diciembre de 1898 que sentó las bases de la rendición española. Los rebeldes cubanos habían ganado la guerra, gesta impensable sin los Estados Unidos, país que se cobró un alto precio por la ayuda.

A comienzos de 1898, la contienda se había estancado. Ambos ejércitos recuperaban y perdían posiciones, pero los frentes permanecieron estables. El conflicto minaba al Gobierno español, incapaz de manejar el descontento político ni de controlar el gasto de una guerra ultramarina que duraba ya tres años. Las protestas de los periódicos de izquierda se recrudecían cada vez que un barco procedente de Cuba atracaba con cientos de soldados enfermos o mutilados. Sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles seguía los acontecimientos con indiferencia, afanada en salir adelante en un país con profundas diferencias sociales y un 58 por ciento<sup>1</sup> de analfabetos. La vida discurría, como escribió Antonio

1. Clara Eugenia Núñez, «Educación», Albert Carreras y Xavier Tafunell (Coords.), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Madrid, 2005, p. 165.

Machado pocos años después, «entre una España que muere y otra España que bosteza».

La inesperada declaración de guerra de los Estados Unidos lo alteró todo. Como es conocido, el hundimiento del acorazado *USS Maine* en La Habana, ocurrido en febrero de 1898, sirvió de excusa para entrar en el conflicto. El Congreso y Senado norteamericanos aprobaron en abril una resolución que autorizó la participación militar al lado de los insurrectos. La prensa exaltó la decisión al relatar diariamente la historia de «unos héroes que luchan contra una metrópoli decadente y cruel, nuevos libertadores animados por el espíritu de George Washington».

Por primera vez en su historia, los Estados Unidos libraban una guerra lejos de sus fronteras continentales. Sin embargo, pese al entusiasmo general, las batallas preliminares se saldaron con derrotas. Por ejemplo, en Cárdenas (Matanzas), donde la Armada española venció a una flotilla de torpederos norteamericanos; victoria repetida pocos días después en la segunda ciudad del país, Santiago de Cuba. Con el paso de las semanas, el Ejército peninsular perdió fuerza, y en apenas un mes los aliados conquistaron Santiago en la famosa batalla de las Lomas de San Juan. Con esa derrota, España perdió sus últimos territorios americanos.

El 1 de enero de 1899, el Ejército de los Estados Unidos se estableció en Cuba, situación extendida hasta el 20 de mayo de 1902. Durante ese tiempo, Washington dirigió todos los ámbitos de la vida cubana: desde la política a la economía, la administración pública o la milicia... ¿También la religión?

Esta investigación intenta responder a esa pregunta y aclarar otras. Por ejemplo, cómo se relacionaron la Iglesia católica y el Gobierno interventor, qué actividad desarrollaron los credos reformados o cómo resurgió la masonería. Cuestiones que no aparecen —o lo hacen de un modo marginal— en las escasas monografías de este periodo.

Una parte del independentismo pensaba que los católicos no debían participar en la construcción nacional, ya que su iglesia había sido una extensión del poder colonial. Otros, sin embargo, apelaban a *El juramento de los héroes* de José Martí, discurso pronunciado el 10 de octubre de 1890 en el Hardman Hall de Nueva York. El acto conmemoraba el alzamiento de 1868 contra España (embrión de la Guerra Grande, que se alargaría una década), y en él Martí reivindicó una Revolución basada en la justicia, la moral y la libertad. Ahora bien, afirmó, el objetivo no era la simple independencia política, sino fundar una nación de todos «y no feudo ni capellanía de nadie». En resumen, si Cuba quería convertirse en una república de hombres libres, ningún cubano (negro o blanco, rico o pobre, creyente o escéptico) podía quedar excluido.

Para escribir esta monografía conté con la ayuda de muchas personas. Sin ánimo de exhaustividad, agradezco la colaboración de Jennifer Brathovde, bibliotecaria de la División de Manuscritos de la Library of Congress (Washington, DC), y el apoyo de Jeremy Bigwood, ayudante de investigación de los National Archives (College Park, Maryland). También a Manuel Maza, SJ, de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (República Dominicana), cuyas investigaciones sobre la Iglesia católica en Cuba son una referencia imprescindible. Por último, agradezco a Juan Carlos de Miguel, del Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores español, sus orientaciones para trabajar con los fondos diplomáticos del Archivo Histórico Nacional.

Quiero citar también al profesor Mark Askew (de la Academia Militar de los Estados Unidos, USMA-West Point, Nueva York), con el que intercambié opiniones e información relevante sobre la ocupación militar; a Rachel Fryer, del Archbishop Chapelle High School (Nueva Orleans, Luisiana), por las fotografías de Placide Chapelle, y a los historiadores Pablo Hispán, de la Universidad

CEU San Pablo (Madrid), y Juan Bosco Amores de la Universidad del País Vasco.

Agradezco igualmente las consejos editoriales de Esperanza Melero; el apoyo de Juan Ángel Regojo –que falleció inesperadamente mientras escribía este libro–, así como la generosidad del profesor Joseluís González, de la Universidad de Navarra, y de la periodista Ana Eva Fraile, que revisaron el texto final.

Una vez más renuevo mi gratitud a mi esposa Helena, dispuesta siempre a suplir el tiempo robado a la vida familiar pese a su exigente trabajo profesional.

Más de un siglo después, los actores de esta investigación aún protagonizan la actualidad cubana. Si en el cambio del siglo XIX al XX se trató de los presidentes William McKinley o Theodore Roosevelt, hoy es Donald Trump. Si entonces fue Tomás Estrada Palma, ahora es Raúl Castro. Si ayer León XIII, hoy el Papa Francisco.

*Pamplona, noviembre de 2016*